



CARTA DEL MAESTRO CONRADO DE MARBURGO AL PAPA

Introducción

En esta carta, Conrado de Marburgo describe sus relaciones con Isabel y con la fraternidad fundada por ella. Se llama también *Summa vite*, compendio de su vida (1232). Es un documento excepcional. Con esta carta, que acompañó el relato de los milagros, abrió el proceso de canonización de Isabel.

Pero no pudo ver culminados sus deseos de contemplar en los altares aquella alma bendita que él había conducido a la renuncia más radical, al despojo de sí misma, como Cristo en la cruz. Sigue la transcripción:

Empieza la carta de Conrado de Marburgo al papa sobre la vida de santa Isabel.

(Texto traducido del original latino)

- 1 Sepa vuestra Santidad, reverendo padre, que algunas veces fray R., vuestro penitenciario¹, me escribió que os informase sobre los milagros que el Señor obró por medio de la señora Isabel, antes gran condesa de Turingia, y que vuestra paternidad me la había encomendado.
- 2 Por tal motivo, recientemente, el día de san Lorenzo, el señor arzobispo de Maguncia - ya sea debido a mi propuesta o porque evidentemente había tenido una inspiración - ha dedicado dos altares en la basilica donde está sepultado el cuerpo de dicha señora. Como yo hubiese convocado una gran multitud de pueblo tanto para la predicación como para la dedicación de los altares, en el transcurso de mi sermón, tenido ciertamente sin ninguna idea preconcebida, pensando satisfacer el deseo de vuestra santidad sobre la certeza de dichos milagros, mandé a todos los presentes que hubiesen experimentado alguna curación por los méritos de la gran condesa que, al día siguiente, cerca

¹ Fray R. es probablemente san Raimundo de Peñafort, dominico y gran jurista de Gregorio IX.

de la hora prima, se presentasen con testigos al arzobispo de Maguncia y a los otros prelados - llegados para la dedicación - con el fin de comprobar fielmente qué clase de gracias habían recibido por su invocación.

3 Habiéndose presentado una notable multitud, que afirmaba haber recibido algunas curaciones por medio de Isabel, el señor obispo de Maguncia - que tenía prisa en resolver algunos asuntos difíciles - hizo tomar nota de los acontecimientos más evidentes y avalarlos tanto con su sello como con el de otros prelados; se omitieron los avales de muchos otros prelados y varones ilustres que habían asistido, por no haber traído sus sellos. Para que vuestra paternidad esté más profusamente informada no solo de los milagros sino también de sus costumbres [de Isabel], os transcribo un compendio de su vida [*Summa vite*].

4 Dos años antes de que me hiciese cargo de ella, cuando vivía todavía su marido y fui nombrado su confesor, la encontré afligida porque había sido unida en matrimonio y no podía concluir la vida presente en la flor del estado virginal.

5 En aquel tiempo, cuando su marido estaba a punto de partir hacia Apulia² para unirse al emperador, surgió una grave carestía por toda Alemania, de manera que muchos perecían de hambre. Muy pronto la hermana Isabel empezó a destacar en las virtudes. Y así como en toda su vida fue consoladora de pobres, se convirtió entonces en el sostén de los hambrientos. Con este propósito, mandó levantar un hospital junto a su castillo, en el cual acogió muchos enfermos y menesterosos; pero también repartía con generosidad los dones de su beneficencia a todos los que acudían allí para pedir limosna. Y no sólo allí, sino también en todos los confines de los territorios bajo la jurisdicción de su marido, derrochó de tal manera las rentas de los cuatro principados de su esposo, [Turingia, Hessen, Sajonia y los territorios del este] que llegó a vender objetos de valor y todos los vestidos preciosos, para socorrer a los pobres.

6 Tenía la costumbre de visitar personalmente a todos sus enfermos dos veces al día, por la mañana y por la tarde. Atendía personalmente a los más repugnantes. A unos les servía la comida, a otros los llevaba a la cama, a otros los cargaba sobre sus espaldas y se prodigaba en muchos otros servicios humanitarios. Y en todo esto jamás encontró reparos de parte de su marido, de feliz memoria.

7 Muerto el marido, cuando a vuestra paternidad le pareció bien confiarme su cuidado, queriendo aspirar a una perfección más alta, ella me pidió si haría más méritos en un reclusorio o en un convento o en otro estado. Al final una idea se apoderó de su ánimo y me pidió con muchas lágrimas que le permitiese pedir limosna de puerta en puerta. Como se lo denegase categóricamente, me respondió: "De todas formas lo haré, porque no podéis prohibírmelo".

8 Justo un Viernes Santo, cuando los altares están despojados, puestas las manos sobre el altar, en cierta capilla de su ciudad donde había acogido a los frailes menores, en presencia de algunos frailes, de familiares e hijos, renunció a la propia voluntad y a todas las vanidades del mundo y a cuanto el Salvador del mundo en el evangelio aconseja abandonar.

9 Y como quisiese renunciar a todas sus propiedades, la disuadí, tanto para cubrir las deudas de su difunto esposo, como por amor a los pobres a los cuales quería proveer con los bienes que le pertenecían como dote.

10 Hecho esto, como viese que podía volver a ser absorbida por el tumulto del siglo y la gloria mundana, en la cual había vivido gloriosamente con su marido, me siguió contra mi voluntad a Marburgo, que se hallaba en los confines extremos del territorio de su esposo.

² Error de Conrado: se trataba de Cremona, en Lombardía (CR, 605).

- 11 En aquella ciudad, construyó cierto hospital donde recogió enfermos e inválidos. Sentaba a su mesa a los más miserables y despreciados. Como la reprendiese por estas cosas, me respondió que recibía de ellos una gracia especial y humildad. Y como mujer ciertamente prudentísima que era, hablándome de su vida pasada me dijo que necesitaba curar de esta manera ciertos hechos haciendo lo contrario.
- 12 Como me di cuenta de que quería progresar, le quité toda compañía superflua y le mandé que se contentase con tres personas: un converso que se encargase de sus negocios; una doncella religiosa muy despreciable y una noble viuda sorda y muy austera. De esta manera, a través de la criada se fortalecería su humildad y con la viuda austera se ejercitaría en la paciencia. Mientras la criada preparaba las verduras, la señora lavaba las escudillas o al revés.
- 13 Entretanto, acogió a un niño paralítico, huérfano de padre y madre, que padecía un flujo continuo de sangre. Durante la noche lo acostaba en su propio lecho para mortificarse más, lo que le provocó muchas penalidades. En efecto, a veces tenía que levantarse seis veces o más en la noche para llevarlo en brazos a satisfacer las necesidades naturales. Lavaba con sus propias manos los paños sucios como suele suceder en tales circunstancias.
- 14 Muerto aquel muchacho, Isabel - sin que yo lo supiera - tomó consigo una muchacha leprosa y la escondió en su casa, prestándole todo servicio humanitario. Se afanaba no solo en alimentarla, acostarla en el lecho y lavarla, sino que también se humillaba a quitarle el calzado, suplicando a su familia [las sirvientas] que no lo tomaran a mal.
- 15 Cuando me enteré de esto - Dios me perdone - la castigué muy severamente, porque temía que se contagiase y expulsé la muchacha leprosa. Después, cuando me marché a tierras lejanas para predicar, tomó consigo un niño pobre, cubierto de roña, tanto que no tenía un solo pelo en su cabeza. Para curarlo de la roña, empezó a cuidarlo, lavándolo y medicándolo. De dónde lo había aprendido, no lo sé. Cuando ella estaba a punto de morir, aquel muchacho estaba sentado sobre su cama.
- 16 Además de estas obras de caridad activa, tengo que afirmar delante de Dios que, raramente he visto una mujer tan contemplativa como ella. Algunas religiosas y algunos religiosos vieron que, cuando ella salía de la oración privada, su rostro emanaba un resplandor admirable y sus ojos irradiaban como rayos de sol. Si entraba realmente en un arrobamiento por algunas horas, lo que sucedía a menudo, luego muchas veces no consumía alimento alguno o muy poco.
- 17 Finalmente, cuando se acercó el tiempo de la muerte y gozaba todavía de salud, mientras yo estaba afligido por una grave enfermedad, le pedí cómo pensaba proveer su situación después de mi muerte. Entonces, a raíz de estas cuestiones me predijo con certeza su muerte.
- 18 A los cuatro días de esta conversación cayó enferma. Como luchase con la enfermedad más de doce días, tres días antes de su muerte mandó alejar de sí todas las personas seglares y no permitió siquiera que se dejase entrar a los nobles que a menudo venían a visitarla. Cuando preguntaron por qué se les excluía, dijo a los que estaban alrededor de su cama, que quería meditar sobre el riguroso examen del juicio final y sobre el juez omnipotente.
- 19 Más tarde, el domingo antes de la octava de san Martín, después de celebrar las laudes matutinas, la escuché en confesión. Pero ella no recordó absolutamente nada que no lo hubiese confesado repetidas veces.
- 20 Como le pidiese qué se tenía hacer con sus haberes y utensilios, respondió que todo lo que pareciera ser de su propiedad, pertenecía a los pobres. Me rogó que les distribuyera todas las cosas excepto la túnica vil con la que iba vestida y con la que quería ser sepultada.

- 21 Hecho esto, cerca de la hora prima, recibió el cuerpo del Señor. Después, hasta la hora vespertina, a menudo hablaba de los mejores pasajes que había escuchado en la predicación, principalmente de la resurrección de Lázaro y de cómo el Señor lloró sobre su resurrección. Y como con estas palabras algunos religiosos y religiosas estuviesen a punto de llorar les dijo: "Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí, sino por vosotras mismas".
- 22 Dicho esto calló, mientras se oían voces suavísimas de su garganta, sin movimiento alguno de labios. Como los circunstantes le pidiesen explicaciones del fenómeno, les preguntó si habían oído algunas voces cantar con ella.
- 23 Después, desde el ocaso hasta el primer canto del gallo, permaneció con el aspecto lleno de gozo y señales de extraordinaria devoción. Entonces dijo: "Se acerca la hora en la que la Virgen parió". Finalmente, encomendando a Dios a todos los circunstantes con grandísima devoción, como en un sueño dulce, expiró.
- 24 Los monjes cistercienses y muchos otros religiosos, en cuanto tuvieron noticia del tránsito de Isabel, acudieron de todas partes hacia el hospital donde ella tenía que ser sepultada. A petición de la devoción popular, permaneció insepulta hasta el miércoles sucesivo sin señal alguna de muerte a excepción de la palidez. Su cuerpo permaneció tan blando como si fuese vivo y emanaba un perfume agradable.
- 25 Al día siguiente de su sepultura, el Señor empezó a obrar milagros por medio de su sierva. En efecto, un cierto monje de la orden del Císter fue curado junto a su tumba de una enfermedad mental que le afligía desde hacía más de cuarenta años. Él lo juró en mi presencia y ante el párroco de Marburgo.